

## Statement sobre tu proceso y trabajo durante tu estancia en Can Serrat

En Can Serrat, he estado trabajando en dos proyectos artísticos y una investigación periodística. En mis dos primeros poemarios, (*Las oceánicas*, 2021; Diccionario de términos eufemísticos, 2022, ambos publicados en la editorial Valparaíso), exploré, junto a otros temas como el arquetipo de la bruja y el paso del tiempo en el cuerpo de la mujer, cómo el lenguaje era capaz de sanar y también de herir. Las deseantes, mi tercer poemario, versará sobre el deseo y ahonda en la filosofía del Feminismo del goce de la filósofa argentina Luciana Pecker. Escribir un poema es como hacer el amor: las palabras, el ritmo, las cadencias se aparean: el lenguaje es sensorial y sinestésico como nuestro cuerpo.

En Can Serrat, he escrito y editado poemas que parten de esa premisa.

Asimismo, he corregido mi novela *Suya era la noche*, a la que doy por terminada después de seis años. Este relato explora el trauma y la crisis de identidad de una treinteañera tras experiencias límites con las drogas y el sexo. La sinopsis de la novela es la siguiente:

Victoria, poeta e *influencer*, vive al límite: fines de semana de música, sexo, alcohol y drogas; relaciones tóxicas con narcisistas; jornadas interminables en una revista de moda... Cuando desaparece, Mireia, su mejor amiga, decide entender por qué conocidos y amigos (incluida la propia Mireia) la han acabado odiando. Y para comprenderla, escribe.

Estamos en 2018 y a la ola de sororidad desatada por el *metoo*, le seguirá el despertar propiciado por el caso de la manada, un escenario que irá reactivando la memoria dormida de Mireia, y que la hará reflexionar sobre el deseo y la culpa.

*Suya era la noche* es un relato contemporáneo y psicológico sobre la identidad ambientado en Madrid, una novela donde nada es lo que parece.

Asimismo, investigué para el periódico EL PAÍS una cuestión que me sorprende desde hace tiempo: ¿por qué a pesar del tirón de la poesía escénica y performática en España (teatros llenos, formatos de eventos diferentes, etc....) la poesía sigue siendo un género minoritario en cuanto a venta de libros. Aquí unos datos: El Barómetro de Hábitos de Lectura y Compra de Libros en España pinta un panorama desolador para la lírica: el 64,4 % de los libros comprados fueron de literatura; de estos, el 58,6% correspondieron a novelas y cuentos. La poesía constituyó el 1,4 % de las preferencias, por debajo del ensayo que alcanzó el 3,9% (la disciplina más castigada sigue siendo el teatro con un 0,4 %). Según los últimos datos de la Federación de Gremios de Editores de España, en el año 2022 la venta de obras de poesía y teatro (no existen cifras solo de lírica) alcanzó los 7,95 millones de euros, lo que supuso un incremento del 7,3 % respecto al año anterior (datos del Informe Comercio Interior del Libro en España 2022).

Títulos de mis proyectos:

Poemario: *Las deseantes*.

Novela: *Suya era la noche*.

Reportaje El País: *El tirón de la poesía oral no se traduce en ventas de libros en España: el prestigio disuasorio, el tirón de los eventos experienciales o la voracidad del capitalismo explican el desequilibrio*

## Muestra de mi trabajo en Can Serrat

### Varios poemas que pertenecerán a *Las deseantes*, mi tercer poemario.

1.

Me diste tres buenos poemas  
y ahora no sé lo que prefiero  
si estos textos o tu cuerpo contorsionado sobre el mío,  
tu piel suave o este despojo de nuestro amor,  
este animal moribundo que se empeña  
en mirarme desde el otro lado de la página,  
con la soberbia que le aporta existir,  
al contrario del nosotros.

2.

Vienes a mí como si siempre hubieras despertado a mi lado,  
como si conocieras cada pliegue de mi cuerpo  
y la manera en la que mi vulva anuncia un orgasmo.  
Vienes a mí, como el sol sale por el este,  
como los objetos caen al suelo,  
como el tiempo pasa.  
Y a mí, que me gustan los milagros y las hipérboles,  
me sorprendes como un sol que sale por el oeste,  
o un minuterero que retrocede.

3.

Te he querido como se ama un verano,  
sabiendo que hay que dejarlo ir,  
que no durará,  
que un día despertarás al frío,  
a las hojas caídas,  
a la playa en fuga.  
He amado cada una de tus volteretas eróticas  
y esos dedos finos de palmera.  
Te he querido porque sabía  
que te podría dejar marchar.

4.

Es verdad. Lo mío no es *para siempre y comieron perdices*.  
No es una nómina, ni un contrato fijo, ni una hipoteca.  
Lo mío no es prométeme, quédate, duerme a mi lado.  
Solo puedo decirte que este instante es para siempre,  
que te anochezco y te madrugo dentro,  
Solo puedo prometerte...  
¿Qué decías?

### **Extracto de *Suya era la noche*, la novela que he terminado de editar en Can Serrat.**

Con los ojos entornados, Mireia juega a dibujar en el techo escenas de su último fin de semana. Prácticamente no recuerda nada. Salir de la cama y recoger el piso le da tanta pereza que prefiere seguir fustigando su memoria con ese juego cruel. Se concentra en las olas de luz alrededor de la lámpara. Nada. En el traqueteo del furgón de la basura. Nada. En el calor que desprende la estufa. Nada. A cada fracaso por recordar lo que ocurrió, hunde más el colmillo en el labio, no le importa la herida, la prefiere a las horas sin dormir, sin poder rememorar lo que pasó el último fin de semana que salió de fiesta.

El brinco de su gato sobre el colchón la hace reaccionar. Se toca el pijama y en un autoreflejo se lleva la mano a la nariz: todavía huelen las pequeñas salpicaduras de vómito. No queda papel higiénico, ni tierra ni comida de gato, ni aguacates para el desayuno. Va siendo hora de bajar a la calle. Necesita que le dé el aire, aunque sean más de las dos de la madrugada. Al menos está el Carrefour de la plaza abierto. El armario sigue tan confundido como su mente: prendas de distinto tipo en una percha; cordones de zapatillas y botas enredados; pelo de gato y mucho polvo en las esquinas. Coge el mismo pantalón negro, las mismas vans, el mismo bolso (dentro permanecen el monedero, las gafas de sol y el paraguas) que llevaba la última vez que salió.

La noche se le cae encima al pisar la calle. La espesa negrura de las horas en las que casi todos duermen. No se fija en el entorno, pero lo intuye: las persianas llenas de grafitis de los restaurantes; los contenedores de reciclaje cercados de cajas, botellas, bolsas, más bolsas; los bancos como crisálidas de cartón en los que duermen los vagabundos. Un veinteañero, absorto en la música que escucha, la golpea. Mireia siente el hombro palpar. Le gustaría darse la vuelta, exigirle una disculpa, zarandearlo. Pero en vez de eso, sigue caminando encorvada, las manos en los bolsillos.

La artificiosa claridad del súper le hiere las pupilas, así que saca las Ray-Bans del bolso y se las pone. Le cuesta elegir el tipo de papel de váter, no se aclara con el etiquetado, ¿duran más los de capa doble?, uy, pero si también los hay de triple, ¿o salen más baratos los de toda la vida?, ¿y qué hay del reciclado?, ¿comprar un paquete de más rollos compensa? Joder, qué caros los aguacates, ¿y si los sustituye por otra cosa? No, los aguacates se quedan, por algo sigue matándose en el curro. Para Totoro, compra la tierra que no está perfumada, la otra al gato no le gusta. En la cola del súper, se arrepiente de haberse quitado el impermeable, una cara conocida, alguien de la noche, no recuerda cómo se llama, si se hubiera dejado puesto el abrigo, podría taparse con la capucha. Se cambia de fila, disimula.

Como al final ha comprado un par de cosas más, se ve obligada a aceptar una bolsa de plástico y a maldecirse por no haber cogido una de tela. Se traga la frustración medioambiental y deja que se le solidifique junto al cansancio. Cuando deja atrás a un grupo de magrebíes que escucha reggaetón desde un móvil, se fija en las farolas y se acuerda de cuánto les gustaba a Victoria y a ella sortear sus sombras cuando paseaban borrachas de madrugada.

Es en parte por Victoria por lo que no consigue dormir. Estaba tan colocada la noche en la que la echó, que solo recuerda fantasmas. Todas las veces que ha bajado a la calle desde la juerga de ese fin de semana ha sido para buscarla. La llama y no la encuentra. La busca y no aparece. Ha visitado los bares por donde salían; las terrazas donde charlaban sobre hombres; el olor a madera húmeda de las librerías de viejo de la Cuesta de Moyano; ha perseguido el cloqueo de los barriles que los repartidores giran por el adoquinado de Lavapiés y ha rastreado entre las servilletas estrujadas en el suelo de los bares; hasta debajo de las bolsas vacías de los gramos ha mirado. Pero no la encuentra. Y solo quiere llorar, porque sabe que es lo que siempre ha querido. Que Victoria desapareciera.